

## LA LEY GENERAL DE POBLACIÓN Y EL PROCESO DE DESARROLLO

Rolando CORDERA CAMPOS\*

SUMARIO: I. *Presentación*. II. *La demografía y sus panoramas globales*. III. *Del gobernar es poblar al gobernar es planificar (y controlar)*. IV. *Población, desarrollo y economía política*. V. *Bibliografía*.

### I. PRESENTACIÓN

Conmemorar los treinta años de la promulgación de la Ley de Población obliga a llevar la reflexión demográfica así como la jurídico-política a las relaciones entre la sociedad y el desarrollo. O mejor, a preguntarnos por el o los modos como los mexicanos del último tercio del siglo XX organizaron sus sistemas de supervivencia, es decir, a preguntarnos cómo se desarrollaron.

Las relaciones entre economía y población, o entre demografía y desarrollo, nunca son exógenas. A cada formación demográfica suele acompañar una “familia” de modelos de desarrollo o formaciones económico-sociales, aunque nadie pueda atreverse hoy a afirmar que estamos frente a un modo demográfico de producción social, como solía hacerse en el pasado respecto de la producción material. Se trata sin duda de vinculaciones muy complejas que en el tiempo y el espacio se inter-influyen. Sin embargo, pienso que no sobra tratar de pensarlas como si fueran una sola: lo que buscamos es conocer cómo una población, articulada por unas instituciones y una cultura, se desarrolla y al hacerlo cambia ella misma sus pautas de reproducción,

\* Profesor titular del Centro de Estudios del Desarrollo Económico de México, Facultad de Economía, UNAM.

uso del territorio, visiones sobre la edad, la vida, la muerte. A esto nos lleva irremisiblemente el horizonte abierto para el México del siglo XXI la transición demográfica del último tercio del siglo XX. Esta es, al menos, la inspiración de las notas que aquí se presentan.

## II. LA DEMOGRAFÍA Y SUS PANORAMAS GLOBALES

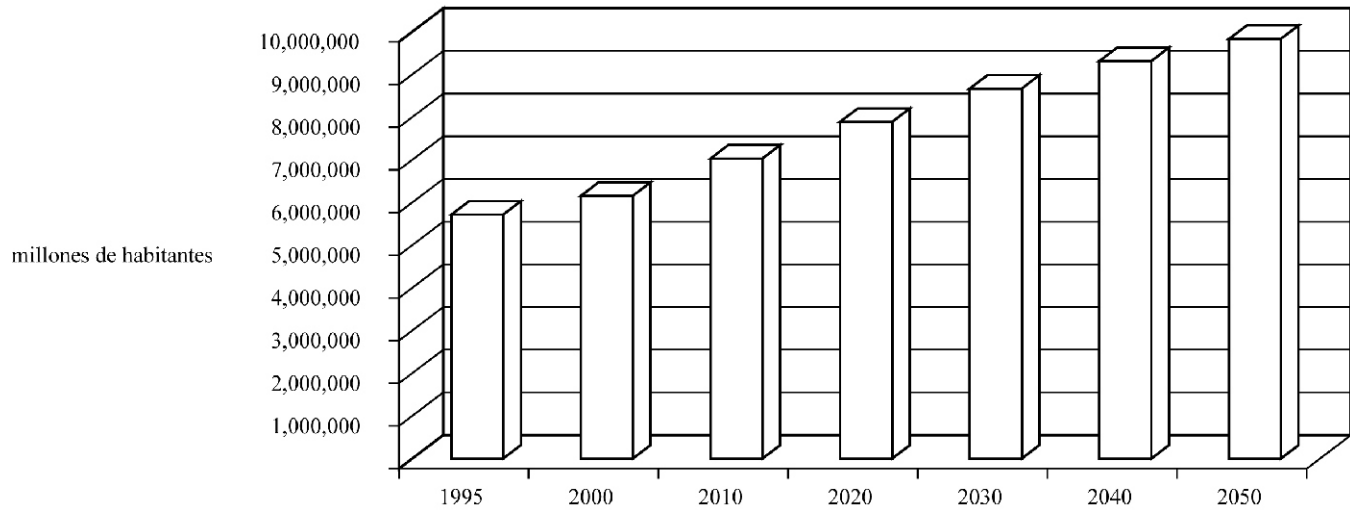
Es de esta perspectiva que emana la fascinación que la demografía ha ejercido sobre el resto de las disciplinas sociales, así como los terrores y temores que su estudio puede generar al tratar de establecer relaciones fuertes, leyes de hierro o bronce, entre la población, sus ritmos de crecimiento y tamaño absoluto, y las capacidades de la naturaleza y de la economía social misma para asegurar la reproducción de la especie. Hoy, cuando tratamos de vincular población con naturaleza, con medio ambiente en general, los panoramas que hicieron célebre a Thomas Roberto Malthus y le merecieron a la economía política naciente el apelativo de “ciencia lúgubre” tienden a volverse apocalípticos. La raza humana aparece de nuevo como proclive al suicidio.

La demografía nos hace todo tipo de jugarretas, sobre todo cuando se toma demasiado en serio sus capacidades predictivas. Sabemos que, aunque desde luego menos que los economistas, los demógrafos se equivocan en sus predicciones, pero aún así tenemos que admitir que sus estudios actuales constituyen serios motivos de alerta.

Somos más de seis mil millones de seres humanos en el planeta y muchos demógrafos nos advierten sobre la probabilidad de que el crecimiento poblacional se establezca en diez mil millones después de la primera mitad de este siglo.

Sabemos también que las capacidades de alimentación han crecido exponencialmente y seguirán así, aún sin considerar los desarrollos transgénicos, y que las tendencias a la urbanización por lo menos permiten imaginar modelos de poblamiento que no signifiquen un daño directo y absoluto sobre el suelo disponible, como ocurrió en el pasado.

Gráfica 1. Población mundial



Pero también sabemos que la desigualdad marca y constriñe estas posibilidades y que las nuevas oleadas migratorias del sur al norte y del este al oeste han abierto las puertas no al cosmopolitismo ilustrado, a la “federación del hombre” con que soñaba Jefferson, sino a nuevas formas de *apartheid*, ciudadanías restringidas, micro guerras civiles permanentes o casi. La expansión de la población amenaza la reproducción política e institucional de su propio entorno a pesar de los portentosos incrementos en la riqueza mundial logrados en la era de los extremos, como la bautizó Eric Hobsbawn.<sup>1</sup>

Permítanme en este punto ofrecer la mirada del historiador más que la del futurólogo:

Si no se produce la estabilización prevista (por la ONU), llegará un momento en que el incremento de la población mundial a las tasas actuales conducirá inevitablemente a una catástrofe, de un tipo o de otro. Hay un punto más allá a partir del cual este incremento producirá efectos negativos masivos y globales.

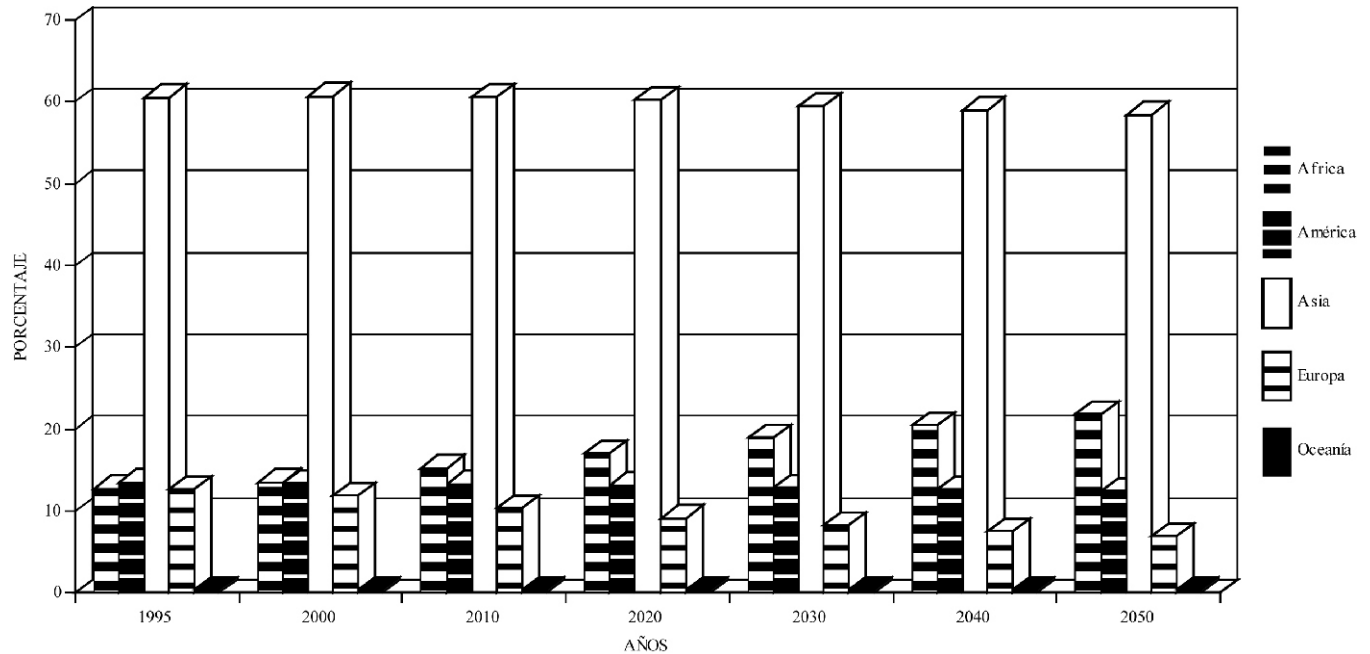
Por otra parte, sigue el historiador, no tenemos verdadera experiencia de lo que significa la estabilización del crecimiento demográfico... No sólo no sabemos cómo conseguirla, sino tan sólo cómo mantenerla durante largos periodos: ¿Asegurándonos de que cada generación tenga más o menos las mismas dimensiones que la anterior? ¿O se darán fluctuaciones con altibajos tremendos? Y todavía sabemos menos sobre lo que puede pasar cuando, como está sucediendo hoy en día, una parte del mundo deja de reproducirse y otra, en cambio, presenta un fuerte excedente de población y por tanto de emigrados potenciales.

Un problema más urgente es la mala distribución de la población en el mundo.

Se suele creer que en los países de altísimas tasas de natalidad se producirá un gran flujo de movimientos migratorios en dirección a los países ricos. Pero una de las características más definitorias del mundo de hoy es que los países ricos tratan de prevenir, o de impedir directamente, la inmigración:

<sup>1</sup> Hobsbawn, Eric, *Entrevista sobre el siglo XXI*, Barcelona, Crítica, 2000, 220 pp.

Gráfica 2. Distribución porcentual de las proyecciones de población mundial



“Y sin embargo... parece inevitable que, de una forma o de otra, los países que no reproducen su población tengan que importar trabajo a bajo costo o gente que haga los trabajos que los naturales del país ya no quieren hacer. Y me parece totalmente inevitable que esa fuerza de trabajo proceda de los países pobres”.<sup>2</sup>

Hasta aquí, en retazos, algunos de los panoramas políticos y sociales que la demografía mundial determina. Enormes flujos, pero también ominosas convulsiones en el carácter social, en las instituciones y en las conductas políticas (el racismo). Y debajo de todo esto, la dificultad del crecimiento económico y el desarrollo social agravada por la desigualdad en el comportamiento demográfico. Para los países pobres que no han entrado de lleno en su transición demográfica, la cuestión se plantea de manera aguda. Con altas tasas de natalidad, estos países necesitan destinar más recursos al sostenimiento de los recién llegados y de sus madres, y esto tiene que restársele absoluta o relativamente a la acumulación de capital necesaria para sostener un crecimiento económico satisfactorio. La transparencia informativa global, junto con la universalización de la democracia y la globalización del monitoreo en materia de derechos fundamentales no hacen sino agudizar este dilema.

### III. DEL GOBERNAR ES POBLAR AL GOBERNAR ES PLANIFICAR (Y CONTROLAR)

Desarrollo, población, Estado y política. También finanzas públicas insuficientes y demandas renovadas por nuevas fuentes de trabajo. Se vivía el fin del “desarrollo estabilizador” y México encaraba perspectivas desafiantes y un mundo en acelerado proceso de cambio que parecía no tener sentido claro ni control posible. Es en este cuadro que se plantean, en los primeros años de los setenta, las estrategias y políticas de planeación y control demográfico que se quiso codificar con aliento progresista en la Ley General de Población que hoy conmemoramos.

Con estas estrategias y en base a la nueva ley, se buscaba acelerar una transición iniciada años antes y dar lugar a escenarios demográfi-

<sup>2</sup> *Ibidem*, pp. 194-196.

cos más acordes con los requerimientos provenientes del crecimiento económico. Estos requerimientos empezaban a verse sobre todo como restricciones al mantenimiento de las altas tasas logradas antes y con las que fue posible dinamizar el dilema siempre presente entre acumulación material y sostenimiento de la población.

Se buscaba un alivio a la demanda social elemental portada por los recién llegados, sin advertir con precisión que a tal alivio sobrevendrían nuevas presiones y reclamos.

Recordemos a nuestro estimado Gustavo Cabrera:<sup>3</sup>

A partir de los años cuarenta, la población de México entra claramente a la transición demográfica con la disminución de los altos niveles de mortalidad produciendo la gran expansión poblacional en corto tiempo, treinta años, nunca imaginado y menos previsto.

El último fenómeno poblacional del siglo XX se identifica con la siguiente etapa de la transición demográfica, ahora con la disminución de la fecundidad hacia fines de los años sesenta. Se acelera la baja de fecundidad con la nueva política de población establecida en 1974; se organiza la planeación demográfica previendo el crecimiento poblacional durante el último cuarto del siglo XX al año 2000. Ciertas metas se logran; otras no se alcanzan (véase gráficas 3 y 4).

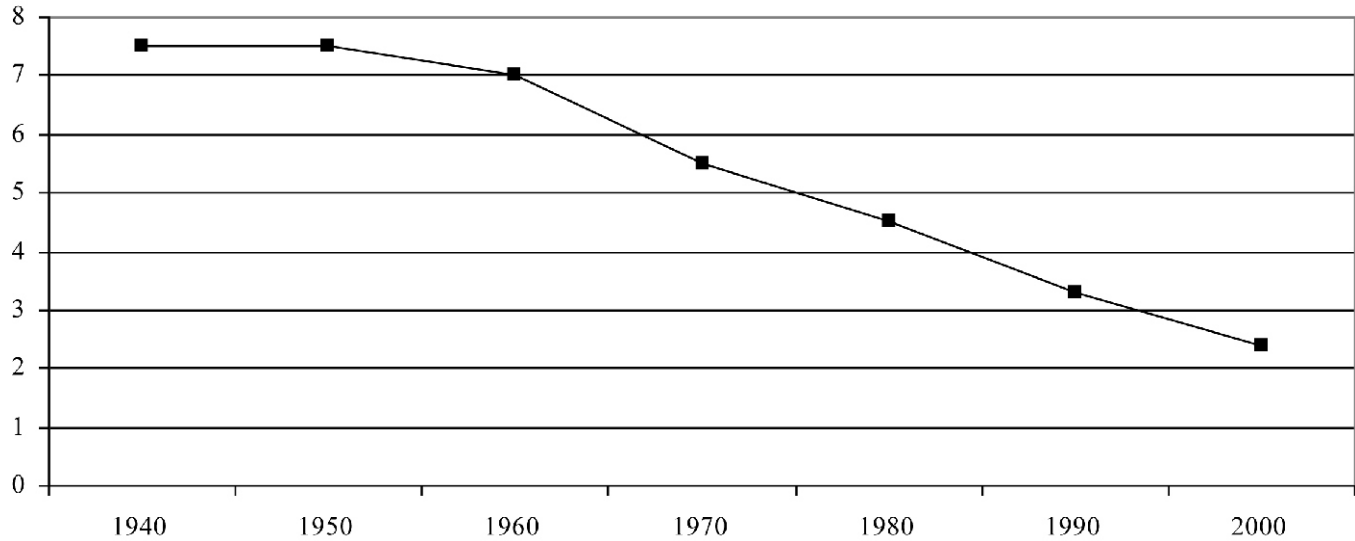
La evolución demográfica no ha terminado, concluye Cabrera en su presentación del importante libro de Luz María Valdés sobre la población en el tercer milenio. Con otro perfil, los retos seguirán en el siglo XXI: retos al proyecto de país; a su conducción política, económica, social e internacional; retos al empleo, a la salud, a la educación, a la alimentación, a la vivienda, a la seguridad social; retos a la familia, a la mujer, a los trabajadores, a los indígenas; en fin, retos al bienestar en condiciones adversas que hay que superar en un tiempo demográfico y social que no permite más sacrificios a las generaciones actuales y futuras.<sup>4</sup>

La transición se ha presentado también como oportunidad histórica, como “bono demográfico” para el desarrollo (véase gráfica 6).

<sup>3</sup> Cabrera, Gustavo, “Presentación”, en Valdés, Luz María, *Población reto del tercer milenio*, México, Miguel Ángel Porrúa, 2000.

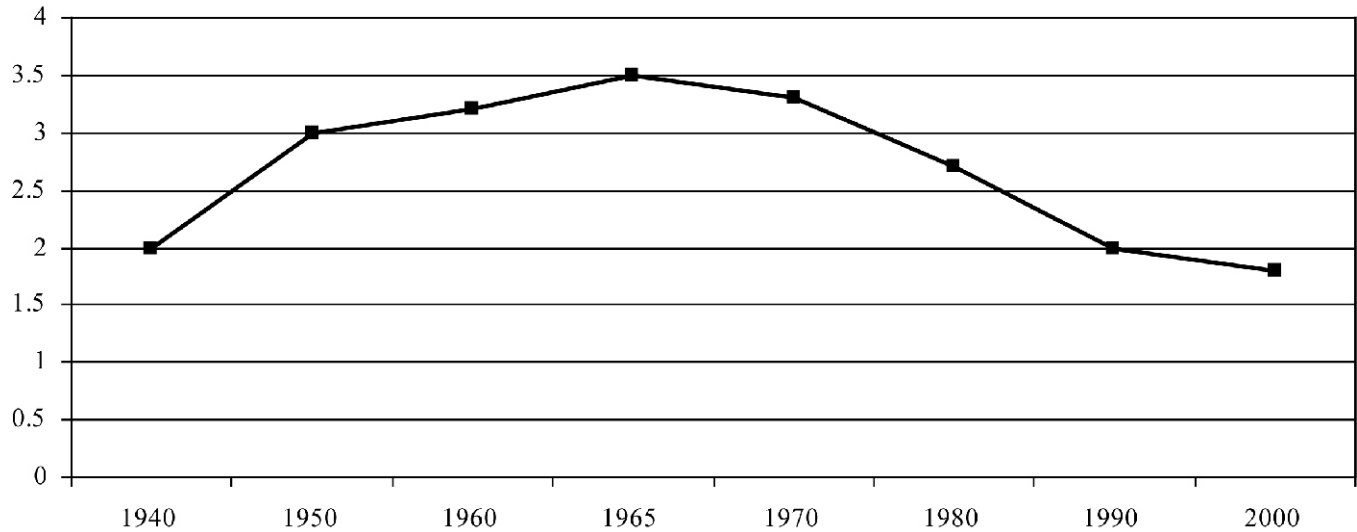
<sup>4</sup> *Ibidem*, p. 9.

Gráfica 3. Tasa de fecundidad en México, 1940-2000

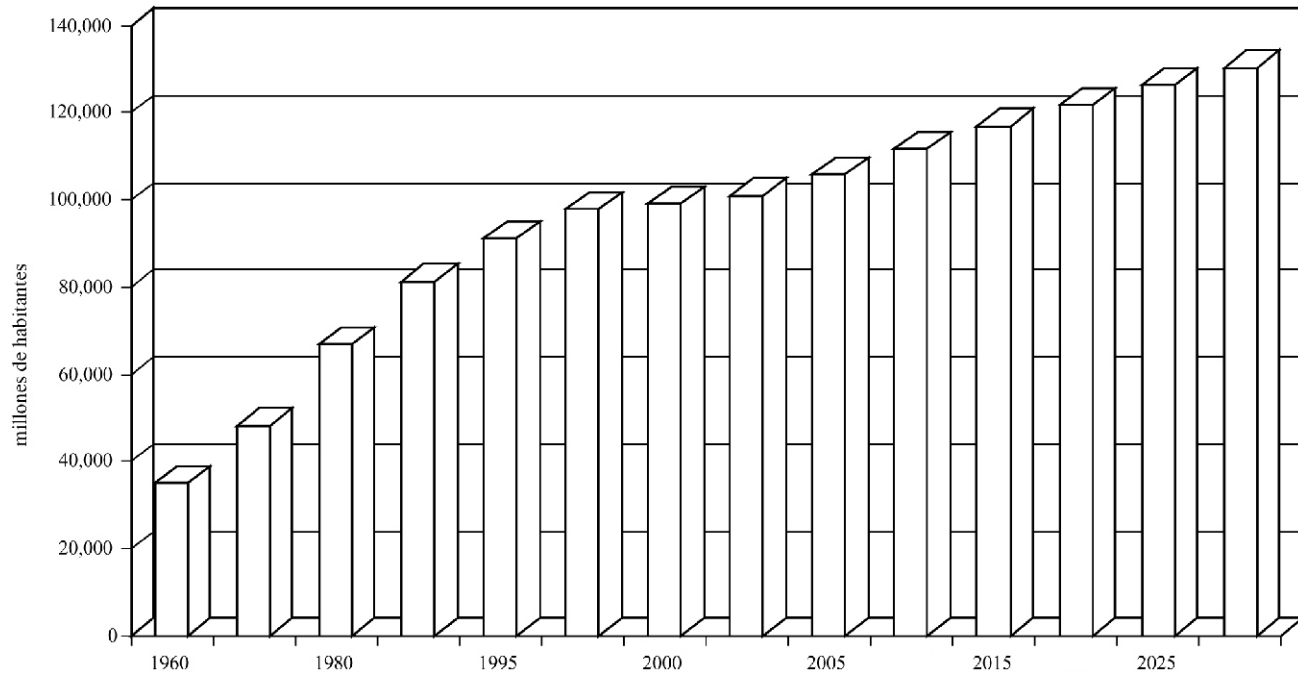




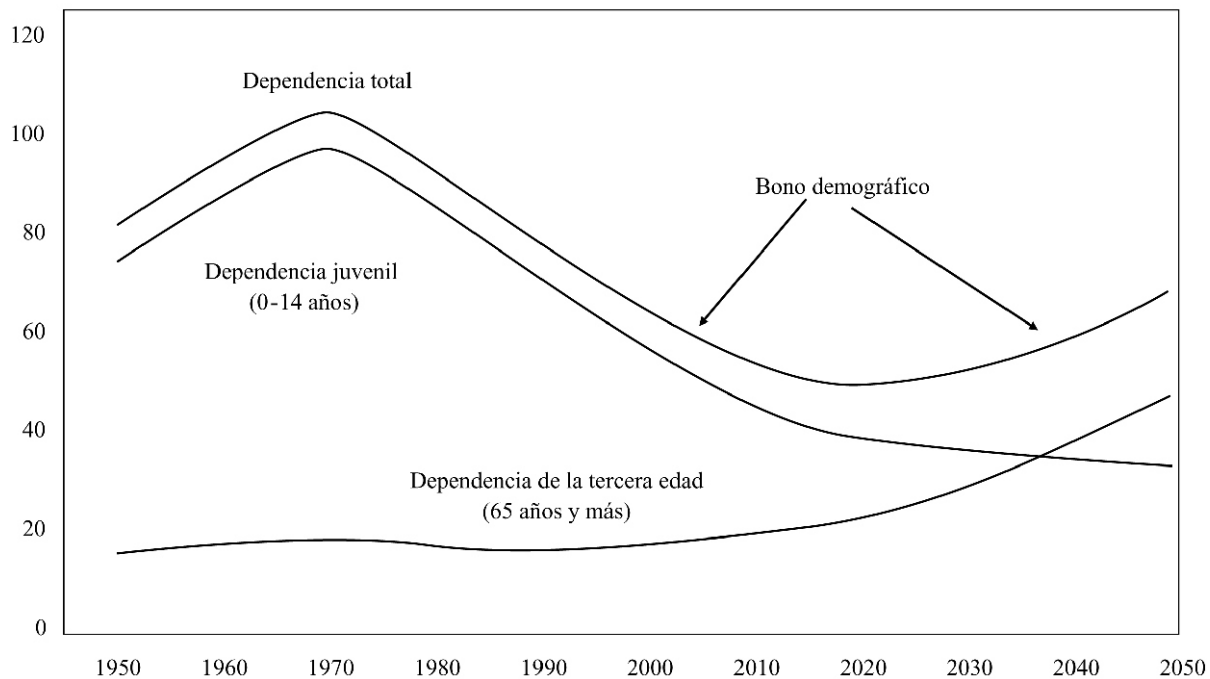
Gráfica 4. Tasa de crecimiento anual de la población en México, 1940-2000



Gráfica 5. Población en México, 1960-2030



Gráfica 6. Bono demográfico en México, 1950-2050. Dependientes juveniles y de la tercera edad por cada cien personas de 15-64 años de edad



Así lo planteó con rigor el también recordado y apreciado José Gómez de León y así ha sido recogido en los documentos oficiales con que el gobierno actual quiso inaugurar y dar rumbo a la nueva era de la democracia, el cambio, la alternancia.

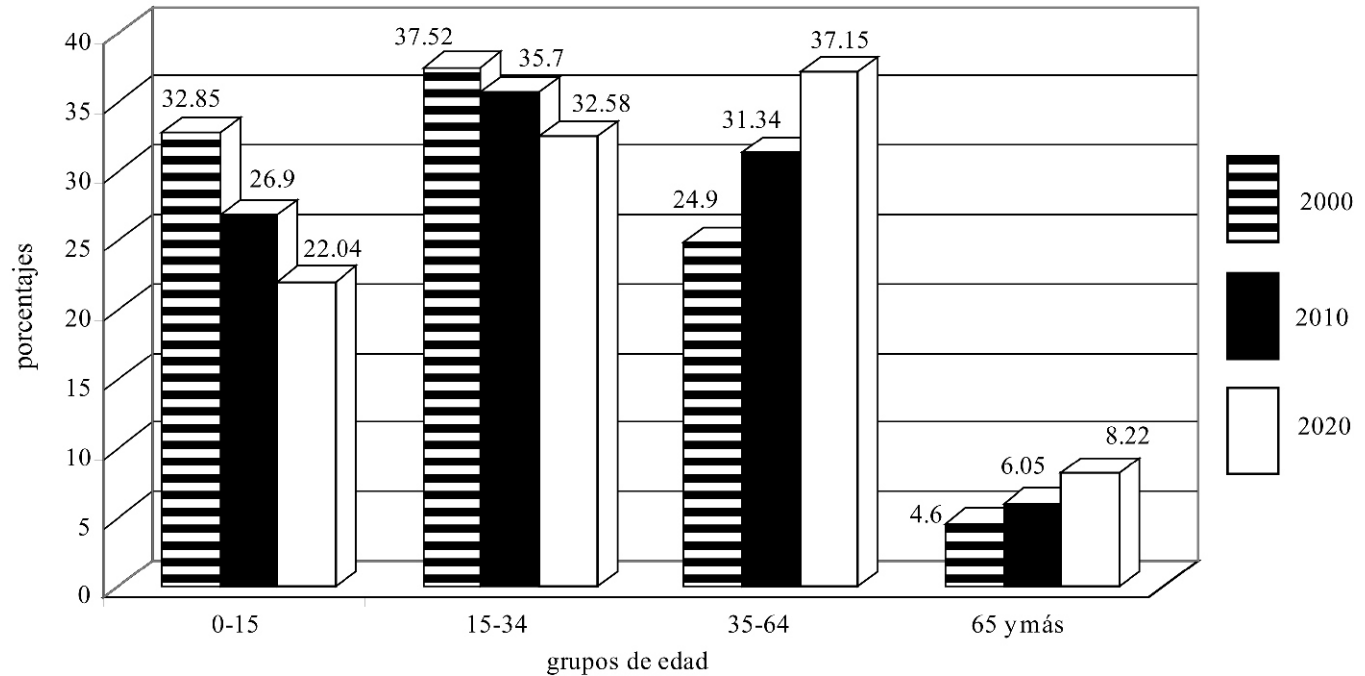
Sin caer en ningún reduccionismo, puede decirse que, como pocas veces antes, los planes y programas de desarrollo del actual gobierno proponen con énfasis al cambio demográfico como uno de los pilares de sus propuestas de expansión renovada y mejoramiento social. Por desgracia, estas expectativas no se han cumplido y en el mejor de los casos se han pospuesto *sine die*, lo que no ha implicado que las nuevas realidades demográficas de la transición hayan consecuentemente parado su marcha. Más bien, agravan la encrucijada económica y social del México del cambio.

Veamos las perspectivas de estos “bonos” tal y como las estimaba Gómez de León:

El esfuerzo social que ha significado el cambio demográfico de los pasados veinticinco años (que arrancan con la ley que recordamos), abre una “ventana” de oportunidad que comienza a cobrar expresión hasta hoy y que perdurará aproximadamente otros 25 o 30 años... Esta ventana de oportunidad consiste esencialmente en que, por primera vez en la historia demográfica de México, por razones que podríamos llamar intrínsecamente demográficas (es decir, descontando perturbaciones poblacionales extraordinarias como fue la revolución), los incrementos absolutos anuales de la población comenzaron a disminuir desde aproximadamente 1995. Al inicio esta disminución será mínima, pero irá profundizándose conforme avance el siglo XXI.

La proporción de niños y jóvenes en relación a la población en edad de trabajo disminuirá progresivamente con el tiempo (habrá menos estudiantes por trabajador) lo que permitirá hacer mayores inversiones en la educación y mejorar su calidad (véase gráfica 7). Por otro lado, la proporción de la población en edad avanzada respecto de la población en edad de trabajo será considerablemente baja y no comenzará a aumentar significativamente sino hasta 2030; es decir, las presiones de la población no serán críticas sino hasta entrado el siglo XXI, dando margen para consolidar los esquemas de capitalización para la vejez e incrementar el coeficiente de ahorro. En ello, postula Gómez de León, reside la “ventana” de oportunidad demográfica de la que hablamos.

Gráfica 7. Estructura demográfica en México



El reto es formular e instrumentar las medidas que permitan aprovechar más cabalmente esta oportunidad, tomando en cuenta que en ese lapso habrá un volumen considerable de población en edades de trabajo.<sup>5</sup>

En una perspectiva similar, Alfonso López Juárez,<sup>6</sup> de la Asociación Mexicana de Planificación Familiar, nos habla de dos bonos demográficos. Uno, el juvenil, que encarna la población de 10 a 24 años y que ha empezado a generar nuevas e ingentes demandas en materia de educación y salud, pero que a la vez recoge grandes potencialidades como fuerza de trabajo renovada, y otro, el productivo, que se refiere a la “relación muy ventajosa entre la población productiva y la población dependiente, algo, nos dice, inusitado en nuestro país...(que) pasará de una relación entre población productiva y población dependiente de 1.65 en 2000 a 2.14 en 2030. Es decir, por cada persona menor de 15 años o mayor de 65, habrá más de dos personas productivas”.<sup>7</sup>

En realidad, estas oportunidades deben verse no sólo como ventajas o bonos sino como estructuras de relaciones sociales que pueden o no ser articuladas por el Estado y la política nacional para hacerlas confluir en mejores panoramas de existencia colectiva e individual. De esta articulación, de su calidad y ritmos, así como de su traducción en instituciones que aseguren su duración, depende que estas ventajas se aprovechen y se vuelvan realidades y plataformas de reproducción social ampliada. Por lo demás, no sobra recordar que este relajamiento de la dependencia que podríamos llamar primaria (la que proviene del gran peso de la población infantil) deja espacios para la acción educativa y una reasignación de los fondos públicos pero no releva a la sociedad y al Estado de nuevas demandas producto del cambio global, económico y cultural en el que México está inmerso. Piénsese en las enormes tareas de educación sexual y reproductiva derivadas de la explosión juvenil o de las cada día mayores presiones asociadas con el descubrimiento de la importancia que la educación

<sup>5</sup> Gómez de León, José, “Retos y oportunidades demográficas del futuro de la población”, en Millán, Julio y Alonso Concheiro, Antonio, *México 2030, nuevo siglo, nuevo país*, México, Fondo de Cultura Económica, 2000, pp. 77-103.

<sup>6</sup> López Juárez, Alfonso, “Perspectiva al siglo XXI”, en Valdés, *op. cit.*, nota 3, p. 241.

<sup>7</sup> Valdés, *op. cit.*, nota 3, p. 241.

continua y la capacitación permanente tienen para la calidad de la vida, en sociedades adultas y maduras y en economías sometidas a la mutación acelerada en los mercados de trabajo, las ocupaciones y las profesiones, para tener una idea aproximada del gran esfuerzo financiero e institucional, de planeación y políticas de población que el país tiene por delante. La evolución demográfica, como decía Cabrera, no termina y se nos presenta inclemente como una cadena de desafíos.

Lo que hoy abruma los logros y las ventajas obtenidas por la política de población son estos desafíos que a medida que pasa el tiempo se nos presentan como implacables bloqueos materiales y, a juzgar por la manera en que se les aborda en el presente, también como diques mentales. Estos diques, que nos remiten a los grandes rezagos en materia de acumulación de capital de los últimos veinte años, así como al imperio de un pensamiento único que en prácticamente todo el mundo ha quedado fuera de lugar, se conjugan en el presente en un ominoso panorama económico de estancamiento “estabilizado” y en una situación social de extensa pobreza de masas, aguda concentración de ingreso, riqueza y oportunidades.

La situación se agrava si se incluyen el desconcierto político imperante, la crisis fiscal del Estado abiertamente reconocida por todos, menos por los responsables de buscar caminos de solución, y la dificultad, al parecer estructural, de los partidos políticos para sustituir y superar racional y orgánicamente el presidencialismo autoritario y así dar lugar a una democracia productiva y basada en la deliberación y la participación ciudadana. Nos encaminamos, al parecer, al gran riesgo avistado por Cabrera de que “en el siglo XXI, con un cambio poblacional sin transformaciones económicas fundamentales, se produzca la demografía de la pobreza”.<sup>8</sup>

Suele decirse que la ley llegó tarde, porque las tendencias que la justificaron estaban a la vista desde antes; pero a la vez, es indudable que contribuyó a acelerar la obtención de resultados demográficos plausibles y necesarios. Sus oscilaciones no son atribuibles a su estructura sino a las veleidades de la política del Estado, sujeta cada vez más a las presiones desembozadas de unos grupos de interés y

<sup>8</sup> Cabrera, *op. cit.*, nota 3, p. 239.

creencia del todo enfrentados con la ilustración o el mero razonamiento social e histórico sensato o racional.

Es claro que la circunstancia demográfica al despuntar el milenio es otra y nos plantea nuevas problemáticas; es claro también, que estas nuevas posibilidades se combinan con las realidades amenazantes del pasado: las que nos hicieron un país grande y pujante, con su población concentrada a la vez que dispersa, con capacidades imprevistas para atender a los recién llegados y a sus familias, mediante un crecimiento económico rápido y sostenido por casi treinta años, pero al mismo tiempo un país segmentado con muchos pobres y tipos de pobreza, empeñado en un diario y lamentable homenaje al Barón de Humboldt que nos bautizó como la tierra de la desigualdad.

De la historia de cómo absorbimos las grandes irrupciones demográficas y de cómo luego nos controlamos como población, con sus éxitos y frustraciones, tenemos que ir hoy al encuentro de un nuevo relato de historia y desarrollo: cómo nos hemos tratado; cómo México, como Estado nacional, dispuso o no de los medios para darles a sus habitantes la esperanza creíble de una vida buena, digna de vivirse dentro de sus fronteras, capaz de alimentar nuevas y mejores formas de solidaridad nacional, cohesión social y libertad con democracia. Vista desde este mirador, la ley llegó cuando su necesidad era aguda y en abstracto todavía podía contribuir a aliviar tensiones y relajar restricciones de todo tipo. En concreto, sin embargo, la ley llegó cuando el momento económico y social pasaba de ser difícil y se tornaba adverso y hostil para los propósitos establecidos por el legislador. Cuando el país se instaba en la antesala de lo que luego se conoció como la “década perdida”.

#### IV. POBLACIÓN, DESARROLLO Y ECONOMÍA POLÍTICA

A partir de 1975, México entró en la primera fase turbulenta de la globalización que se abrió con las crisis petroleras y fue propulsada por el fin de la era de Bretton Woods, decidido unilateralmente por el gobierno del presidente Nixon. Luego vino la gran crisis de la deuda y el sueño petrolero que nos trajo un auge inesperado que se volvió pesadilla con el ajuste draconiano decidido por el gobierno del presidente De la Madrid para salvar una situación que se veía como desesperada.



A partir de entonces y hasta la fecha, la economía dejó de crecer por largos lapsos y trazó una trayectoria inferior a la histórica, dominada por la inestabilidad y el lento crecimiento promedio; el mercado de trabajo se dislocó en unos cuantos años e hizo erupción el México informal; el Estado procedió a hacer reformas estructurales que en lo inmediato minaron su de por sí frágil legitimidad revolucionaria pero sobre todo su capacidad de modular el cambio desatado y subsanar las dislocaciones sociales y productivas provocadas por las reformas.

En los momentos en que entraba en su transición demográfica final del siglo XX, México pudo abrir espacios de aliento para sus jóvenes que por millones daban cuenta de que la “bomba demográfica” había ya explotado. En efecto, a partir de la década del setenta del siglo pasado, se aumentó el cupo público para la educación media y media superior, y nuevas capas sociales urbanas tuvieron acceso limitado pero sostenido a los estudios superiores en las instituciones públicas. Lo que no se creó fueron las condiciones para que ese aliento se volviese oportunidad tangible en el mercado, la investigación superior, la enseñanza o el desarrollo tecnológico. Junto con esta explosión demográfica de “nueva generación”, encarnada en los millones de jóvenes urbanos que definen el panorama facial del México finisecular, vino otra, la explosión de la informalidad y la marginalidad metropolitanas que también a su manera definen la imagen profunda del México moderno. De país de niños y pobres, pero con una economía en crecimiento, México se transformó en país de jóvenes urbanos, pero igual o más pobre y desigual que antes y, al menos en esta primera fase, sin crecimiento económico sostenido.

La historia está llena de ironías pero hay unas más crueles que otras. Como lo consignó Gómez de León:

Las presiones más fuertes sobre el mercado de trabajo alcanzaron sus niveles más elevados (y se mantienen elevados) durante los periodos más críticos recientes de contracción económica en el país (las crisis de 1982-1986, y después la de 1995-1996). Se trata de una desafortunada coincidencia que, justo cuando desde el punto de vista demográfico más se necesitaba dinamizar el poder de absorción de la mano de obra en la economía, ocurrieron severos choques que contrajeron el mercado de trabajo... La población en edad de trabajo seguirá creciendo en forma significativa hasta llegar a 87.8 millones en el año 2030, cuando al-

cance su máximo histórico. Es revelador notar que este volumen equivaldrá entonces a la población total de México en 1993. Tal es la inercia de crecimiento que aún domina la dinámica demográfica de la población en edad de trabajo, y el reto que representa para una economía la demanda de empleos que esta dinámica significa.<sup>9</sup>

En esta perspectiva, es la cara “informal” y masiva de la transición demográfica, la que organiza o determina las férreas tendencias a la concentración del ingreso y el empobrecimiento de millones en que socialmente se expresa hasta hoy el cambio económico que “recibió” en los ochenta y noventa a la transición demográfica (véase gráfica 8).

Las estimaciones del fenómeno son diversas, pero éstas registran tendencias a la alza durante las dos últimas décadas del siglo XX.

Se ha estimado que la informalidad ocupacional urbana había evolucionado así: 24.7% en 1980; 29.9% en 1985; 36.0% en 1990; 37.9% en 1995. Fernando Cortés, por su parte, aplicando diversos métodos de medición de la informalidad urbana, llega a conclusiones similares. En 1998, según sus cálculos, la informalidad ascendería al 36.4%, llegando al 57.1% al incorporar el factor educativo. Al estudiar la PEA sin prestaciones, Cortés llega a la siguiente situación: en 1989 ésta representaba el 49.4% del total; en 1998 el 63.4%.<sup>10</sup>

En su investigación sobre los efectos de la globalización en la desigualdad y la pobreza, Hernández Laos y Velásquez Roa consignan:

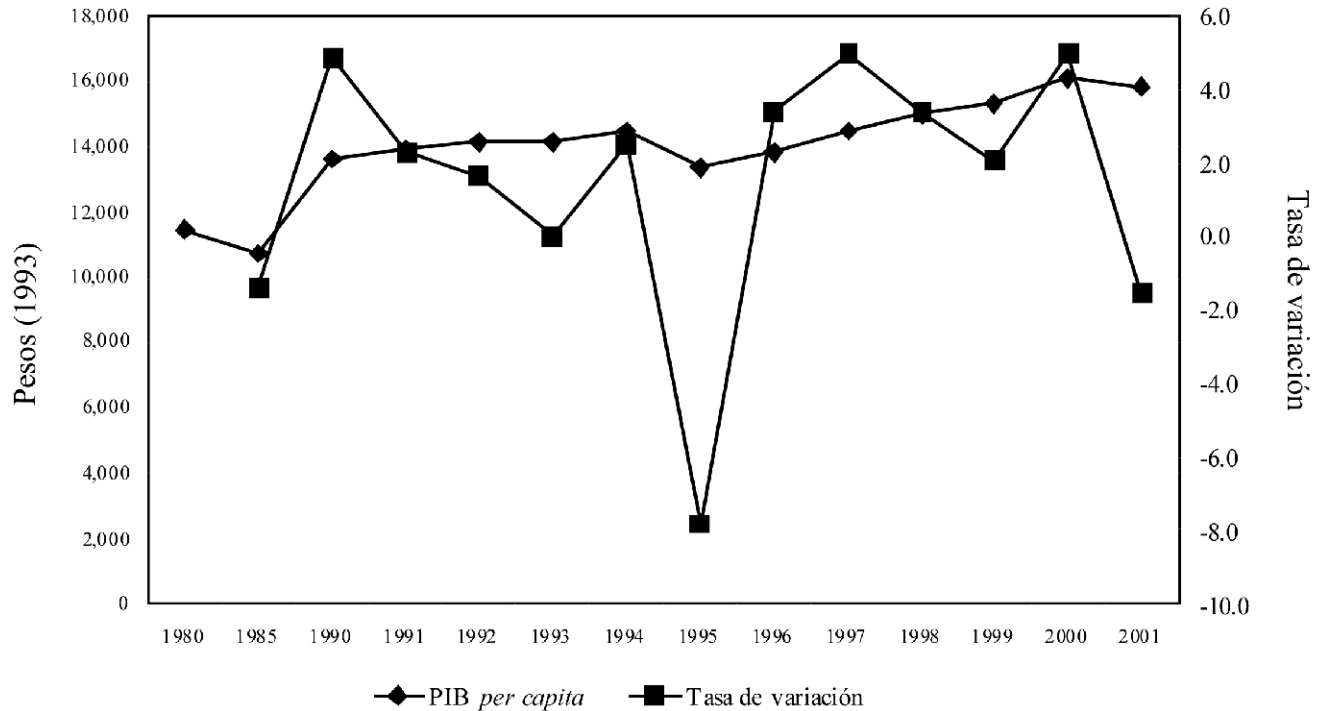
El estancamiento y la desaceleración en el crecimiento de la economía mexicana durante los ochenta y noventa, producto de la notable disminución en el dinamismo del proceso de acumulación de capital, y no obstante el creciente flujo de capital externo en los noventa, hicieron imposible para el sector moderno de la economía la absorción de los nuevos entrantes la fuerza de trabajo, cuyo dinamismo se acrecentó en las últimas décadas como producto de la *transición demográfica* y del notable aumento de las tasas de participación.<sup>11</sup>

<sup>9</sup> *Ibidem*, p. 95.

<sup>10</sup> Hernández Laos, Enrique y Velásquez Roa, Jorge, *Globalización, desigualdad y pobreza, lecciones de la experiencia mexicana*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Plaza y Valdés Editores, 2003, p. 111.

<sup>11</sup> *Idem*.

Gráfica 8. PIB *per capita* en México (pesos de 1993)



Puede parecer paradójico, pero con los criterios usados por nuestros autores, en los ochenta y noventa del siglo pasado la importancia relativa del sector moderno de la economía mexicana se habría reducido, lo cual, frente a las tendencias demográficas referidas, habría ampliado el tamaño y papel del sector informal urbano y, con ello, acentuado las tendencias a la mala distribución del ingreso.

En sus conclusiones generales, la investigación citada apunta:

Las lecciones del caso mexicano apuntan a señalar que a las realidades del dualismo tradicional se estaría añadiendo una dicotomía en el seno del sector moderno... una parte del mismo continuaría orientado al abastecimiento del mercado interno, en tanto que otro, con características de enclave, estaría orientado hacia la exportación y con muy pocas vinculaciones con el resto de la economía mexicana.<sup>12</sup>

Se trata, nos dicen, una suerte de “trialismo” que dislocó el sendero de integración económica nacional intentado en el pasado, llevando al conjunto de la formación social a niveles mayores de desigualdad en la distribución del ingreso. Aunado al raquítico crecimiento económico global observado, estas tendencias hacia mayor concentración redundaron a su vez en una ampliación de la pobreza. La economía política del cambio estructural hacia la globalización, por la forma que adoptó, más que por la globalización misma, derivó en una ruta de expansión adversa a las nuevas necesidades y a los viejos faltantes, que trajo consigo la transición demográfica de los setentas en adelante.

Hay que tomar en serio a la demografía, podría ser una de las conclusiones de este importante coloquio. Sin duda, pero la complejidad alcanzada por la nuestra obliga a tomar en serio también a la economía política. Ésta, ha dejado atrás las determinaciones casi unívocas de la forma de crecimiento sustentada en la industrialización sustitutiva protegida y el presidencialismo económico y político autoritario, pero no ha encontrado cauce propicio para aprovechar su apertura y poner a su servicio la globalización. Tampoco ha podido poner a la democracia al servicio de un desarrollo social menos injusto y empobrecedor.

<sup>12</sup> *Ibidem*, p. 185.

La juventud de la población mexicana, junto con las dinámicas que prometen las nuevas estructuras y relaciones con la globalidad, sin duda permiten hablar de imaginar un futuro mejor. Sin embargo, de mantenerse las tendencias económicas actuales, de convertirse en senda y estructura, a partir de 2050 México será país de ciudadanos en edad avanzada, muchos de ellos sujetos a los males e inclemencias de la vejez... y pobre. Sin futuro.

## V. BIBLIOGRAFÍA

- GÓMEZ DE LEÓN, José, “Retos y oportunidades demográficas del futuro de la población”, en MILLÁN, Julio y ALONSO CONCHEIRO, Antonio, *México 2030, nuevo siglo, nuevo país*, México, Fondo de Cultura Económica, 2000.
- HERNÁNDEZ LAOS, Enrique y VELÁSQUEZ ROA, Jorge, *Globalización, desigualdad y pobreza, lecciones de la experiencia mexicana*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Plaza y Valdés Editores, 2003.
- HOBBSBAWN, Eric, *Entrevista sobre el siglo XXI*, Barcelona, Crítica, 2000.
- VALDÉS, Luz María, *Población, reto del tercer milenio*, México, UNAM, Coordinación de Humanidades-Miguel Ángel Porrúa, 2000.